

LECCIÓN 16 - UNDECIMO

Argumentación ética

Un dilema ético significa que uno puede elegir entre dos o más alternativas de acción. Basándose en un conjunto de valores y normas será posible llegar a la alternativa correcta.

Cuando uno se encuentra ante una elección, se puede hacer una lista de pros y contras, lo que quiere decir que basándonos en determinados valores y normas podemos argumentar a favor y en contra de cada una de las alternativas de acción. De esa forma puede resultar más fácil llegar a la buena elección, es decir, la alternativa de acción más acorde con los valores y normas de uno mismo.

Aunque la ética nunca podrá ser una ciencia en línea con la matemática y la física, puede ayudarnos a hacer una elección. No podemos demostrar lo que está bien y lo que está mal, pero podemos concienciarnos de nuestros propios valores y normas, podemos meditar sobre ellos, discutirlos, examinarlos con el fin de comprobar si son contradictorios, para así poder justificar nuestras elecciones éticas mediante la lógica y la razón.

A menudo hay que hacer la elección en el transcurso de unos segundos. No siempre tenemos tiempo para sentarnos con papel y lápiz. Se nos hace una pregunta, y en ese instante tenemos que decidir si vamos a mentir o a contar la verdad. En estos casos puede resultar una gran ventaja tener un conocimiento consciente de los valores y normas que intentamos defender.

Nos encontramos a veces en situaciones en las que tenemos que apoyar con razones lo que hemos hecho o lo que pretendemos hacer.

Especialmente en la política y en la vida pública es preciso razonar las elecciones que uno hace basándose en principios éticos generales.

Intención, fines y medios «La honestidad es la mejor política», se suele decir. Pero muchas personas se han encontrado en situaciones en las que no les parecía bien decir la verdad, en consideración hacia otra persona. Un médico, por ejemplo, ¿debe decir siempre la verdad a un paciente? ¿Debemos decir la verdad sobre un regalo que no nos gusta? Se dice que una «mentira piadosa» es la que se blanquea con otros valores que no son la verdad.

También se dice que «el fin justifica los medios». Claro que surgen situaciones en las que la consideración hacia una persona ha de ceder

ante la consideración hacia varias. ¿Debe un tren o un avión esperar a un pasajero retrasado, retrasando entonces a cientos de personas?

En relación con guerras y represiones surgen casos extremos en los que hay que establecer prioridades.

¿Es correcto matar a una persona con el fin de lograr la libertad de una nación?

La mayoría de los noruegos contesta que sí, pero algunos discrepan. Sea cual sea la situación, dicen algunos, jamás se justifica matar a alguien.

Toda defensa militar se basa en la posibilidad de que puedan surgir situaciones en las que el fin justifique los medios. Pero toda represión política y militar se basa en el mismo razonamiento. Un modelo ético idéntico era el que estaba detrás de los campos de concentración alemanes y las bombas nucleares sobre Hiroshima (6 de agosto de 1945) y Nagasaki (9 de agosto de 1945), en Japón.

Una variante extrema del principio de que el fin justifica los medios la encontramos en el terrorismo. El fin por el cual luchan los terroristas puede ser justo. Pero los medios son a menudo rechazables. Tiene que haber un límite para los medios que se pueden emplear al servicio del bien. Está claro que el principio de que el fin justifica los medios ha de emplearse con la máxima cautela.

Una tercera frase dice que «la intención es lo que cuenta». Si compramos un regalo de cumpleaños que no gusta, la buena intención tendrá que contar. Pero también existe el peligro de que nos involvamos tanto en nuestros propios sentimientos que no tengamos en cuenta las consecuencias.

Un bondadoso y rico hombre de negocios regala todo su dinero a buenas causas, sin preocuparse por si el dinero acaba donde verdaderamente hace falta.

Su negocio quiebra y gran parte de sus empleados pierden el trabajo. Otro hombre de negocios hace grandes donaciones a organizaciones de ayuda eficaces, que aseguran que el dinero va donde más falta hace. Pero la motivación de este hombre es la de conseguir buena publicidad. Aspira a ocupar una buena posición en la sociedad, algo que más adelante tendrá efectos positivos para su negocio y para sus empleados.

¿Cómo debemos juzgar las acciones de estos dos hombres?

¿Qué es lo que hace que una acción sea buena?

No siempre resulta fácil evaluar lo que es justo o bueno. ¿Debemos dar más importancia a la intención que hay detrás de una acción, a la acción en sí, o al resultado o consecuencia de ella?

Se puede enfatizar la motivación o la voluntad que se encuentra detrás de una acción. Para que una acción pueda llamarse buena, tiene que realizarse sin pensar en una ganancia propia. Lo que se enfoca es la motivación, el deseo o la intención detrás de una acción.

A veces la atención se centra en la acción en sí. Muchos nos hemos encontrado en una situación pensando: no puedo hacer esto, no puedo participar en esto, aunque el fin de la acción sea bueno y aunque la acción pueda aportar algo positivo.

Otras veces la atención no se fija en la acción o en la persona que la realiza, sino en los resultados concretos de aquélla. Esto se llama ética de consecuencias. Hay situaciones en las que puede ser correcto mentir. ¿También puede haber situaciones en las que sería correcto robar? ¿Podría justificarse alguna vez quitarle la vida a alguien?

Lo más corriente es que se evalúen tanto la intención de una acción como la acción en sí y el resultado o las consecuencias de la misma. Pero algunas veces parece que el fin es lo decisivo. Hay ciertas acciones que no consideraríamos jamás, a pesar de las consecuencias positivas que pudieran tener. Y ocurre que la consecuencia de la acción se percibe como decisiva en el momento que podemos decir si hemos actuado correctamente.